

Prolongación infinita de un instante

Alexandra Cárdenas*



Puesto en Ciudad Juárez, 2017, óleo sobre tela, 12" x 24", Staphany Garnica

Bajo la ventana para sentir por un momento el viento fresco sobre mi piel. Extiendo mi mano fuera del vehículo y dejo que la ráfaga empuje mis dedos hacia atrás, como si quisiera devolverlos un poco hacia el pasado, un poco más hacia el origen, pero continuamos en marcha. Miro de lado y permaneces con la mirada fija en el volante. La brisa apenas si te roza los cabellos y la mejilla pero no dices nada. Tienes los ojos puestos en el horizonte, aunque pareciera que conoces de antemano cada curva y cada irregularidad de la carretera.

Nos encontramos entre dos franjas, entre la frontera que separa al día de la noche y el asfalto que separa el antes y el después. Nos vamos guiando por las líneas del pavimento, tú conduces siempre, a mí nunca me ha gustado y lo sabes, no protestas porque disfrutas tener el control. No podría ser de otra forma. Nunca ha sido de otra manera. El atardecer en su último suspiro se balancea con un movimiento perpetuo sobre nosotros. Hemos perdido la noción del tiempo. Hace mucho que no sé cuánto llevamos en marcha y a decir verdad, ninguno de los dos recuerda con exactitud hacia dónde nos dirigimos.

Todos los viajes tienen en común esa ansiedad premonitrice que revuelve un poco el estómago provocada por el deseo de llegar a algún sitio. Se sabe siempre que el desplazamiento es temporal. Uno clama con toda seguridad que eventualmente terminará y en eso radica la belleza del movimiento: en su segura finitud. Después de todo, ¿qué sería de nuestras vidas sin esa certeza narrativa de un principio y un final?

Nosotros decidimos hacer las cosas a nuestra manera. Al momento de partir, nos montamos en el coche por impulso a sabiendas de que ya no seríamos poseedores

No es que Anna Karenina hubiera tenido un plan para arrojar a las vías del tren. A mí tampoco se me habían ocurrido los detalles del plan hasta que una tarde de abril, apenas ver tus ojos me di cuenta que de cualquier manera, si existía un destino, debía estar dentro de ellos. No había vuelta atrás.

de ninguna certeza. Siempre tuvimos la huida en mente, aunque sabíamos que escapar era abrirle las puertas a un abismo desconocido.

En el lugar de donde venimos nos dijeron que más allá no encontraríamos nada. Que debíamos permanecer para siempre entre las ruinas de un sueño, entre los restos de nosotros mismos. Debíamos hacer como todo el mundo y dejar que el tiempo nos fragmentara cada día más. "No hay nada allá afuera" nos dijeron, y eso fue el combustible principal con el que pusimos a andar el motor.

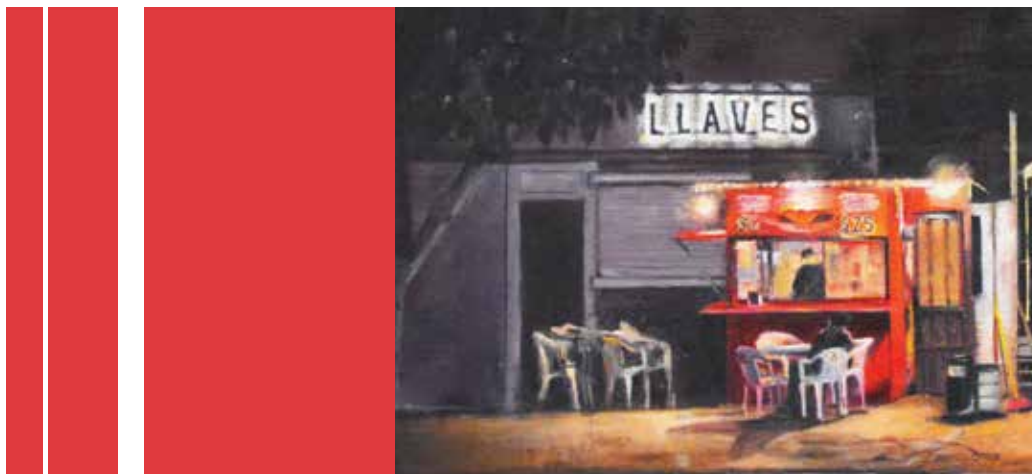
Al principio intentamos seguir vivos entre sus calles aberrantes y toscas; entre los habitantes de un pueblo en el que nadie se miraba al espejo y todos miraban la ventana del vecino esperando encontrar en ella el pedazo de vida que habían perdido. Buscábamos rincones en el invierno para enterrar nuestras manos y congelar lo poco de voluntad que nos quedaba. Nos aferrábamos a la promesa de encontrar el atardecer más memorable de la tierra que nos haría renacer. Pero era imposible. Los caminos retorcidos nunca han llevado a nadie a ningún sitio agradable. La distancia más corta entre dos puntos es y será siempre una perfecta línea recta.

No es que Anna Karenina hubiera tenido un plan para arrojar a las vías del tren. A mí tampoco se me habían ocurrido los detalles del plan hasta que una tarde de abril, apenas ver tus ojos me di cuenta que de cualquier manera, si existía un destino, debía estar dentro de ellos. No había vuelta atrás.

Nos fuimos acostumbrando de poco a no ver vida a las orillas de la carretera, a no sentir frío calor o hambre. Si algo nos quedaba por sentir a veces era el deseo de aparcar de cuando en cuando el coche y hacer el amor a un lado del camino. La primera vez con precaución de los mirones que imaginábamos podrían pasar junto a nosotros. Luego con la calma de quien ha perdido el reloj y junto con él las ganas de encontrarlo. Fue así que descubrimos que podíamos parar, pero nunca volver hacia atrás, aunque a decir verdad, no nos ha dado nunca por intentarlo.

Alguna vez pude jurar que vi a un par de individuos a lo lejos. Llevaban sombrero de bombín, estaban sentados bajo las ramas de un árbol seco mirando a la luna. Me recordaron una obra de teatro que vimos juntos alguna vez. Ese día me dijiste que te parecía absurdo el argumento, que la vida no podía tratarse de sentarse a esperar a que llegara alguien. Decías que haberlos visto en ese estado de inmovilidad te había provocado levantarte y salir corriendo, pero no lo hiciste, te quedaste hasta el final y luego no volviste a decir nada más. Creo que aquellos hombres nos hicieron un gesto de saludo al vernos pasar. Pero no podría asegurar que la visión no haya sido producto del sueño.

Yo a veces dormía mientras estábamos en marcha, sin poder distinguir, por supuesto, la longitud de mis siestas, podrían haber durado diez minutos o diez años. Tú a veces cerrabas los ojos después de hacer el amor y te quedabas inmóvil por



Puesto en Ciudad Juárez (detalle), 2017, óleo sobre tela, 12" x 24", Staphany Garnica

un rato. La verdad es que no hablábamos mucho. Los dos éramos conscientes de la situación pero a ambos nos daba miedo romper el hechizo con nuestras palabras.

Si la eternidad consistía en aquel árido camino, parecíamos dispuestos a recorrerla. Después de todo, de no haber sido así, hubiéramos sido condenados a ir persiguiendo al olvido durante todas nuestras vidas, y ése también es un camino sin retorno.

Cada tanto volteabas a mirarme y me sonreías con toda la intensidad de nuestro tiempo prolongado. Era tu manera de fragmentar la existencia en pequeñas líneas, como el bordado amarillo sobre el asfalto frente a nosotros. Yo me conformaba con mirar al cielo buscando la estrella polar o a Venus que nos alumbraba desde su cúpula gris sobre un cielo rosado, sin atreverse nunca a descender del todo.

— ¿Sabes cuál es la única diferencia de nuestra vida anterior?

— ¿Cuál es?

— Que antes éramos dos líneas paralelas que viajaban siempre al mismo ritmo condenadas a no cruzarse nunca. Y después de ese salto mortal podemos abrazarnos de vez en cuando.

Sonrías y vuelves a tomar el control. O por lo menos a fingir que lo tienes, mientras extiendes mis piernas sobre el tablero y finjo yo también que me dejas guiar. Como si hubiera en realidad alguna ruta. Como si de verdad deseáramos llegar a algún sitio. Como si no hubieras encontrado la felicidad en la prolongación infinita de un instante. Supongo que en algún momento decidimos representar nuestra propia versión del viejo argumento sobre la búsqueda eterna de algo, añadiéndole, únicamente, el movimiento.

Sé que podríamos haber parado, sentarnos sobre una roca y tomar un respiro, pero sólo los que esperan algo encuentran sosiego en permanecer inmóviles. Nosotros hace mucho tiempo que no buscábamos nada, después de todo, esperar por el destino y correr detrás de él es la misma cosa.

*Chihuahua, México, 1988. Médica y escritora. Su formación profesional incluye asistencia a talleres literarios, y diplomados en teatro y dirección escénica. Ha participado en diversas publicaciones digitales e impresas y foros universitarios, entre otras actividades.

Fecha de recepción: 2017-05-02
Fecha de aceptación: 2018-05-18